

COMENTANDO

LA SEMANA SANTA CARAQUEÑA. — Por confesión unánime de viejos y tradicionales espectadores, ha superado en fervor espiritual a cuantos le han precedido.

Las Comuniones generales de Lunes y Martes Santo se celebraron en la Plaza Bolívar, en la arteria central, en el corazón mismo de la ciudad y de la Patria.

Rumores de desorden y de manifestaciones de protesta, que se esparcieron con maliciosa persistencia el Domingo de Ramos, no arredraron a las muchachas de Acción Católica y mucho menos a los hombres caraqueños. Siete mil muchachas recibieron la comunión el Lunes Santo; diez mil hombres, el Martes Santo. El respeto del público fué absoluto; y el orden sencillamente admirable.

Pero a pesar de la inteligente organización de confesores y confesiones, dirigida por la Juventud Católica, a la que colaboraron generosamente todos los sacerdotes, residentes en la capital, varios millares de muchachas y de hombres debieron de confesarse y comulgar en las misas tardías de Lunes y Martes Santo en sus respectivas Iglesias.

Las comuniones colectivas son índice, nada más, de la profunda conmoción espiritual de la Semana Santa. Centenares de hombres tornaban a las prácticas religiosas después de largos años de vida semipagana. Muchos confesaban y comulgaban por primera vez. La contrición de las almas se manifestaba frecuentemente con varoniles lágrimas de arrepentimiento.

¡Milagros palpables de la gracia!
¡Milagros también del esfuerzo va-

liente y abnegado de un gran núcleo de jóvenes de Acción Católica que llevaron su propaganda a la calle, al prensa, a la radio, a la plaza y al teatro!

Comenzando en la Semana de Pasión, con los Ejercicios - Misión, que se predicaron en muchas Iglesias, Caracas vivió dos semanas de continuadas manifestaciones de piedad cristiana. De una piedad sólida, que llega a la raíz de las cosas, y a la transformación integral de la vida por medio de la confesión de los pecados y el robustecimiento de la voluntad para el bien con la Sagrada Eucaristía. ¡Lo cual es algo más hondo y decisivo que las alegres, largas y desordenadas procesiones de tantos pueblecitos y aun ciudades venezolanas...!

No es mera ilusión hablar de una nueva Venezuela, que surge pletórica de sentido cristiano de la vida. Y la sabía de ese rejuvenecimiento espiritual está en ese manípulo de jóvenes, que se forman en los Colegios Católicos y se adiestran en los círculos de la Juventud Católica.

Se ha ganado una gran batalla en Caracas. La batalla del respeto humano. Los diez mil caraqueños que comulgaron en la Plaza Bolívar no volverán a sentir el rubor—digámoslo diáfano—de manifestar públicamente su fe.

TAMBIEN LAS PLAYAS han estado singularmente concurridas. Para el Domingo de Pascua un cronista calculó en 60.000 las personas que habían abandonado la ciudad. El mismo cronista (La Esfera, 22 Abril) habla de "kilómetros de playa, convertidos

en un imponente hormiguero, de un color que ya se confunde con la arena, y al que dan calidad de feria los parasoles, las casetas, las tiendas improvisadas“.

¡Ojalá que ese desfile interminable de carros, omnibus y camiones por las carreteras de Los Teques y La Guaira se hubiera limitado a los días Pascales!

Sabemos de muchos católicos caraqueños que no quisieron abandonar la capital hasta el Sábado Santo. Sabemos de muchos playeros que se esforzaron por participar, en los pueblecitos de temperamento, en los solemnes cultos de la Semana Santa.

Pero, junto a ellos, cuántos centenares, más exacto será hablar de millares, de caraqueños han huído desesperadamente de Dios en los días santos por los campos de caza, las playas y las montañas.

Desgraciada manera de celebrar la Pasión del Señor en la inmundicia cada día más intolerable, de ciertas playas. Es bien conocida la época en que uno entre la serie de dictadores, que ha padecido Venezuela, intentó poner de moda el temperamento en Macuter durante la Semana Santa. Desgraciadamente el Dictador encontró paniaguados que lo cortejaran; y el mal ejemplo—que cuajó en una época de vergonzosa decadencia— encuentra aún eco en nuestros días, de vigoroso resurgimiento católico en la capital de la República.

CLARIBEL EN "LA ESFERA", con esa discreción y sentido de la oportunidad, "que Dios no le ha concedido", y el herrero, que se divierte en AHORA coleccionando Clavos Calientes, se declararon en contra de las Comuniones Generales de la Plaza Bolívar.

A esas señoras, señoritas y señores les entra con frecuencia un hipo incontenible de arreglar nuestras cosas. Es una equivocación lamentable. "No hay que olvidar el puchero, por encender velas a los Santos" aconsejaba sabiamente el Beato Avila a las viejas de su tiempo.

Una ventaja, tienen sus consejos, que como las recetas de los curanderos o "curiosos" sirven para saber precisamente "lo que no se debe hacer".

Esta vez sus consejos y temores sobre las comuniones de la Plaza Bolívar nos sirvieron para cerciorarnos

que esas brillantes manifestaciones de Semana Santa les causaron la impresión de un clavo.

¡Diez mil hombres en la Plaza Bolívar!

Hermano: ¡sáquese ese clavo!

LOPEZ CONTRERAS habrá resignado el poder, cuando estas líneas lleguen a nuestros lectores. En cuanto vamos a decir no cabe, pues, lisonja interesada.

Escuchamos por radio la solemne ceremonia con que se rubricó en el Puente Internacional "Bolívar" el tratado de límites colombo-venezolano. Y nos colmó de intensa satisfacción la actuación del supremo magistrado venezolano en aquel acto memorable.

Pero queremos, tan sólo, acentuar un detalle en el discurso de López Contreras, que no ha sido frecuente en sus alocuciones oficiales. Por tres veces evocó el nombre de Dios, como fuente de la paz y de la justicia. A ésta se sumaron otras manifestaciones de fe católica en la ciudad de Cúcuta, como la procesión del Santísimo desde el puente internacional y el solemne Te Deum de acción de gracias.

Aplaudimos este bello gesto presidencial. Lo aplaudimos porque con él traducía con justeza el General López Contreras el sentimiento nacional. Así lo creemos sinceramente, como también creemos que los fríos párrafos del Presidente Santos no eran expresión del sentir y del pensar del pueblo colombiano. El Doctor Santos tal vez pudiera haber aprendido una buena lección en los discursos de su amigo el presidente Roosevelt.

¡Desventura que padece largos años la vecina República por las actitudes y poses artificiales de laicismo que impone una apasionada y despiadada lucha política!

LOS EMPLEADOS PUBLICOS pasan horas de angustia dolorosa. Muy explicable ante la inminencia de probables cambios en los Ministerios y Presidencias de Estado.

Este hecho, cierto y lamentable, revela fallas igualmente tristes y lamentables de nuestra vida económica y administrativa.

Es injusto y perjudicial el que los cambios de altas magistraturas impliquen vastas transformaciones en el tren de los funcionarios inferiores.

Así las oficinas del Estado se conservan en lamentable estado de perenne ensayo; y los funcionarios en perpetuo noviciado. En muchas naciones los funcionarios públicos, que sólo alcanzan ciertos puestos por concurso, son intangibles. Así puede desaparecer un Ministro o un Presidente, y las oficinas del Estado siguen funcionando regular y casi mecánicamente.

El hecho revela también el enorme influjo del favoritismo en la adquisición de los puestos oficiales, y como un derecho implícito de alternabilidad en gozar de las rentas del Estado.

Delata asimismo la exagerada proporción de empleados oficiales, con que cuenta Venezuela, con enorme perjuicio de la iniciativa privada y en concreto de la agricultura e industrias rurales.

El petróleo será una plaga de la economía venezolana, si sus proventos siguen empleándose en multiplicar el inmenso ejército de los funcionarios, y no en la creación de industrias privadas y autóctonas. Venezuela está transformándose en un inmenso estado de funcionarios. El dinero que nos entrega el extranjero por la explotación de nuestros pozos, torna al extranjero, a través del funcionario y el comerciante, porque necesitamos comprar hasta la papa, el maíz, el queso y las caracas.

El día en que desaparezca o se desvalore el petróleo — o simplemente el día en que el extranjero renuncie por unos años a la explotación de nuestros pozos —, Venezuela se tornará en una inmensa masa de mendigos, que deberán tornar al campo a iniciarse en el olvidado y despreciado cultivo de la tierra.

LIBERTAD. — Todos desean la libertad; todos la alaban y todos se proclaman sus defensores. En teoría, por supuesto. Porque en la práctica varía la actitud. Cuando se trata de las causas que fomentan su vitalidad y de los enemigos que la matan, aquí el coro no es tan acorde ni la votación tan unánime.

Es curioso el testimonio que acaba de estampar el célebre sabio Einstein

con ocasión de la persecución reinante en Alemania:

“Yo siempre creí que las Universidades eran el primer baluarte de la libertad y aun su forja. Era la idea que me había formado y por las aulas y corredores universitarios esa era la voz corriente. Pero ha llegado el momento de defender la libertad y esas Universidades han sido las primeras en rendirse, en callarse y en sumarse a la opresión.

Yo creí también que la Prensa, ese cuarto poder que tanto alardea de su dinamismo, de su amor y campañas por la libertad, estaría en la brecha a la hora de la prueba. Cansado estaba de leerlo y era para mí una idea tan creíble. Pero desde el primer momento con armas y bagages se pasó al enemigo y engrosó la fuerza de la opresión.

En cambio jamás me había fijado en las características de la Iglesia Católica. Sentía por ella desprecio y una profunda indiferencia. Pero en la hora presente es la única sociedad que sin alardear de su amor a la libertad, ni recordar sus gloriosas campañas por ella, ha sabido defenderla, sufrir y mantener en alto su posición ideológica. Jamás soñé con tales defecciones ni en semejante defensa. Ante su conducta mi indiferencia se ha trocado en simpatía y sólo por esto, por su valor moral, los hombres todos deberian sentir admiración por ella”.

Bien está ese testimonio. Pero debemos recordar que la actitud de la Iglesia frente a la libertad ha sido siempre la misma. Lo mismo que en el siglo XX en el siglo I. Y es triste que muchos no reconozcan este hecho y que se haya trocado en tópico manoseado el pintar a la Iglesia como enemiga de la libertad. Las prevenciones de Einstein han caído ante este hecho. Así se cumple el célebre dicho de Tertuliano: “dejan de odiarnos cuando dejan de ignorarnos”. Si la difusión del pensamiento y de la historia católica fuese más intensa y extensa, muchos, en la hora actual enemigos nuestros, serían nuestros admiradores. Tarea debe ser esta de los católicos, de todos los católicos, el deshacer la falsa idea del catolicismo.